

DOBLE AMANECEER SOBRE HORIZONTE

Víctor Conde



se

Lectulandia

Horizonte. Menudo pozo de escoria galáctica. Si hay algún lugar en el cosmos digno de mantenerse siempre a la popa de tu nave, ése es el puerto estelar con forma de herradura.

Lectulandia

Víctor Conde

Doble amanecer sobre Horizonte

Piscis de Zhintra - 3

ePub r1.0

Titivillus 28.12.2018

Título original: *Doble amanecer sobre Horizonte*

Víctor Conde, 2002

Ilustraciones: Luis Royo

Editor digital: Titivillus

ePub base r2.0

más libros en lectulandia.com

Horizonte. Menudo pozo de escoria galáctica. Si hay algún lugar en el cosmos digno de mantenerse siempre a la popa de tu nave, ése es el puerto estelar con forma de herradura.

Me había metido en uno de esos negocios sencillos, un cargamento de trilitio veintiséis altamente inestable a entregar en la estación Crombie, a un hombre llamado Vance. Carecía de más datos, cosa habitual en los trueques entre contrabandistas. Me habían jurado que era un hombre gordo y bajo, moreno y rubio, alto y delgado, que llevaba una sortija de bisutería cara con valor sentimental en torno al meñique, y poco más.

La cantina de Bel-Down, en el extremo sur de la ciudad portuaria, viene a ser el embudo donde todos los tíos que encajan con esa absurda descripción y mil más idénticas vienen a pasar sus vacaciones. Un bar de camioneros, un antro de pistoleros. El lugar menos apropiado para una chica joven y de delicada belleza como yo. Desde que he entrado, me mantengo sentada en la mesa del fondo apuntando los piropos que me lanzan en una servilleta. Creo que con lo que he reunido en tres horas podría escribir todo un best-seller.

Me he fijado en que hay dos tipos de hombres rudos: los que no tienen que demostrarlo y se limitan a pedir una caja de cervezas para llevársela al carguero, y los machitos de poca monta que visten trajes estafalarios y beben los mismos mejunjes que alimentan sus motores. Los primeros siempre son gordos y afables, tienen más tatuajes que un museo del arte abstracto y sus piropos son más guarros. Los segundos, con ese aire de si-tienes-suerte-me-acostaré-contigo que subraya cada gesto, son infinitamente más desagradables.

Al fin, Vance apareció. Entró en el local rematando un chiste y colgándose del hombro de un pistolero, un tío rudo y feo con suficientes agallas para no ocultar su cinturón de balas. Se dirigieron a la barra y, por supuesto, me lanzaron un piropo, sin darse cuenta de quién era yo. Guardando la servilleta en el bolsillo de mi traje de mercante subsidiada, me acerqué a ellos. Vance, creyéndome ofendida, levantó las manos a la defensiva.

—Oye, no quería decir nada que...

—¿Vance Rafferton? —pregunté, enseñando mis credenciales—. Soy Piscis de Zhintra. Creo que habíamos quedado para realizar un desestibaje... hace tres horas.

El hombre se despejó un poco, tratando de situarse en el dónde y el porqué, y me examinó con más detalle que a mis papeles. Poco a poco, una media sonrisa de

comprensión se abrió paso en su cara.

—Ya... sí. Piscis, la del Concilio Tryaki. ¿Trabajas fija para ellos o eres una freelance?

—Voy por mi cuenta —aclaré, notando que yo también representaba de forma intuitiva un rol duro y autosuficiente. Lo odiaba—. Mi relación con ellos acaba en cuanto descargue las catorce toneladas de trilitio. Creo que tú eres el enlace. ¿Tu nave está en el muelle?

El hombre, de unos cuarenta años mal llevados y venas de alcohol tatuadas para siempre en la nariz, apartó a su feo compañero y me cedió la silla.

—Bueno, bueno, no tengas tanta prisa, guapa. Mi nave está en los astilleros, bajo las delicadas atenciones de la gente de aduanas —dijo con amargura—. Pero no tardarán mucho. Estoy limpio. ¿Puedo invitarte a un trago mientras esperamos?

—Creo que no —zanjé con una mirada a su enhiesto pantalón—. No me gustan los hombres con las pistolas siempre cargadas. Nos veremos dentro de una hora en el muelle catorce.

Vance se percató de su estado y se echó a reír con sorna. Yo me deslicé hacia la salida, esquivando los grupos de granjeros nativos borrachos. Necesitaba aire fresco, aun cuando fuera el aire cargado de aceite de motor de Horizonte.

El pistolero que se apartó galantemente para dejarme salir me asustó. Por un momento no pude apartar la vista de las monstruosas facciones que se adivinaban bajo el ala de su sombrero, y así permanecí hasta que convoqué su mirada. Bajé los ojos, avergonzada, y premiando su galantería con un parco *gracias* lo dejé atrás.

Yo había visto muchas deformaciones causadas por los más variopintos agentes, desde el ácido al fuego, pasando por las uñas de un animal salvaje, pero aquello... Sólo había oído de una persona que arrastrara una fama semejante. Su leyenda acompañaba a todos los nuevos corsarios que operaban en la zona: Razor Blade, el asesino, el cazarrecompensas. El hombre de la armadura hecha de músculos y huesos de otros hombres. Ni su currículum ni sus pistolas tenían rival a este lado de Antares.

Le vigilé de reojo mientras se acercaba a la barra e intercambiaba unas palabras con un camarero nervioso. Razor vestía un guardapolvo marrón largo hasta el suelo, sombrero de ala ancha y botas de acero. Llevaba puesta su armadura roja como la sangre, cortada según el patrón de músculos del cuerpo humano. Su rostro era una metáfora de la maldad, y no dejaba claro dónde acababa su cara y dónde empezaban las prótesis.

Una máxima de los comerciantes es: «No metas las narices en un cepo si pretendes sacadas después». Aplicándomelo, salí del bar y aspiré el aire enrarecido de la ciudad, ensanchando el pecho. Mi nave sensual y pseudointeligente, *Aquario*, colgaba atracada al extremo de un muelle en forma de media luna, su elegante figura contrastando con fuerza contra la rudeza funcional de los cargueros-locomotoras de las cercanías.

Por encima de mi cabeza pasó una sombra: una máquina de doce vagones despegaba atravesando los anillos de impulso Gauss que la conducirían hasta la órbita baja, a la linde de la atmósfera. Una vez allí activaría sus propulsores de combustible sólido (la repulsión gravitatoria no había logrado mejorar los genuinos cuarenta mil newton de ese rudo impulso inicial) y saldría del planeta. Yo tendría que esperar un poco más.

—¿Tienes fuego?

Me volví para identificar al dueño de la voz: un joven afeminado de unos veinte o veintidós años, rubio y de pelo largo peinado a la izquierda. Llevaba una guerrera con la insignia de TransCom grabada en el hombro.

—No fumo —le informé—. Lo siento.

El joven sonrió.

—Yo tampoco debería, pero va con el trabajo. ¿Sabes dónde puedo encontrar la oficina de administración?

—Dos calles más allá y te topará de narices. Pero ahora está cerrada.

—¿Cerrada?

—Horario local —me descubrí el reloj de muñeca—. Ellos se guían por el calendario del primer sol.

—Vaya —se quejó, elevando la vista al cielo. La estrella principal de Horizonte, Enorme Bastarda, no era más que un tajo apenas visible tras las nubes bajas. La luz del atardecer nos llegaba de su gemela, Sirio B, atrapada en un arco de rotación más septentrional—. Qué contrariedad. Ahora tendré que esperar hasta mañana.

—No vayas al motel del Potro Salvaje —aconsejé, torciendo la boca—. A menos que te guste lidiar con las cucarachas. Y no me refiero sólo a las de dos patas.

—Gracias por el aviso. Mi nombre es Hans. —Me tendió la mano. Su apretón fue tímido y conciso.

—Piscis. ¿Has venido a vender o a comprar?

—Ninguna de las dos. Soy un simple transportista en paro. Me dirigía a Ganímedes cuando agoté el combustible. Necesito encontrar alguna oferta que me lleve lo más cerca posible de Marmolia. ¿Sabes de alguien?

Sacudí la cabeza. No quería saber nada de viajes al Cúmulo Central, y menos a semejante planeta.

—Ha sido un placer, de todos modos.

—¿Por qué?

—Has sido el primero que no me dice nada obsceno nada más verme —sonreí.

Vance salió del bar un minuto después, sudando como un cerdo. Iba solo y secaba su frente con un pañuelo de seda.

—Vámonos —ordenó—. ¿Cuál es tu nave?

—Un momento, amigo —protesté. No me gustaban aquellos cambios bruscos de actitud—. ¿A qué viene tanta prisa de repente? ¿No habíamos quedado dentro de una hora?

El comerciante echó una rápida mirada dentro del bar y me apartó de la puerta. Su mano temblaba ligeramente.

—He cambiado de opinión. Si quieres trabajar en este negocio tendrás que acostumbrarte. Vamos a desestibar ya, porque yo me largo del planeta. ¿Entendido? Si te gusta, bien, si no...

Examiné al hombre con desconfianza. Por un lado, mi proverbial y corroborado sexto sentido me advertía de que algo no iba bien; aquello parecía lo que en argot llamaban una culebra, un mal trato a punto de reventar por el incumplimiento o traición de una de las partes. Pero por el otro, yo no tenía nada que hacer con las catorce toneladas de trilitio veintiséis altamente inestable y peligroso que se evaporaban lentamente en mi bodega. Deshacerme de ellas era en ese momento la principal de mis prioridades.

—Está bien —concedí a regañadientes—. Pero no quiero trucos.

—No te preocupes, que aquí nadie tiene conejos en el sombrero.

Echamos a correr hacia los muelles. Hans se despidió de mí alzando una mano:

—Encantado de conocerte, amiga.

—¡Adiós! Ya nos veremos por ahí —me despedí, siguiendo al comerciante mientras el joven atravesaba las puertas dobles del bar.

La nave de Vance resultó estar atracada a sólo dos plataformas de la mía. Era un chuto recién pintado y con cuatro motores de impulso sólido potentes y afilados en la popa, en torno al anillo de conexión que la mantenía unida a un vagón. El problema resultó ser que la capacidad de éste apenas daría para albergar las catorce toneladas; el trilitio es como el algodón, ocupa más volumen que peso.

—¿Estás seguro de que te cabrán ahí dentro? —pregunté, frunciendo el ceño.

—Claro que sí, preciosa. Yo ya transportaba material peligroso cuando tú todavía no tenías edad ni para ponerte sujetador.

—Eso no lo dudo —barrunté. Pese a mis veinticinco años de apariencia externa fija, estaba a punto de cumplir los trece.

La estación de peaje era un recinto cúbico de más de cincuenta metros de arista, con amplios ventanales que permitían a los viajeros contemplar la llegada o partida de naves, un bar siempre atestado y muchos asientos ocupados por pasajeros de trasbordo que roncaban a viva voz. Los enormes túneles hechos de anillos Gauss partían del extremo de los muelles de anclaje hasta fundirse con las nubes. El paisaje de Horizonte, con sus eternas planicies carmesíes salpicadas de bellísimos monumentos al poder de la erosión, engañaba la vista con falsos espejismos de brumas y destellos más allá de la pista exterior.

Un transporte estaba llegando en ese momento, cabalgando un pasillo electromagnético. Era una pinaza de pasajeros con insignia de Mundo Joya, la capital

de la Mancomunidad. Me pregunté qué harían tan lejos del Cúmulo Central.

—Voy a solicitar el permiso para desestibar —anunció Vance, separándose de mí—. Si tenemos suerte no habrá que pagar un suplemento por las grúas.

—No tardes —le apremié. El hombre desapareció con prisas tras un grupo de turistas. Desmadejada, me senté en una silla de espera. ¿Por qué todo el mundo en aquel maldito planeta tenía siempre algún misterio que representar en voz alta?

Noté que una mujer me vigilaba de reojo. Era joven y aparentemente hermosa, enfundada en gabardina y pantalones de monta. Un pañuelo le adornaba la cara de tal forma que hacía difícil apreciar sus rasgos. En cuanto notó que la miraba, desvió la vista y continuó hablando con un hombre fuerte y calvo que esperaba a su lado. No parecían viajeros. Algo en su pose me recordó al pistolero que había encontrado en la cantina.

La pinaza tomó tierra y un tren de pasajeros fue a recoger su carga. Poniéndome en pie, me acerqué al ventanal de tal modo que parecía estar disfrutando de sus evoluciones, pero sin perder de vista el reflejo de la chica y el gordo. Aquello no me gustaba nada. Había una sensación de intranquilidad en el aire que me ponía los pelos de punta.

Vance volvió a los diez minutos, con una extraña sonrisa de satisfacción en sus duros rasgos. Agitaba un papel con la mano.

—Ya tenemos permiso para...

Se detuvo, mirando a mi espalda. Yo me volví.

La mujer del pañuelo destrabó sutilmente una hebilla de su gabardina, despejando el paso hacia su cintura. Vance temblaba de terror de manera tan exagerada que estaba arrugando el papel.

—¿Qué te ocurre? —le agarré por un brazo—. ¿Tienes algún problema, amigo?

—Maldita sea. Me han encontrado.

—¿Quién te ha encontrado?

—¡Me han encontrado!

—¿Quién?

Me miró.

—Si salimos de ésta, nos veremos en la llanura de los tres filos, mañana por la tarde. ¡Sé puntual o te quedarás sin nada!

Lo siguiente pareció ocurrir a cámara lenta: Vance se deshizo de mi presa y, tirando el permiso de desestibaje al suelo, huyó a toda velocidad hacia la salida. Yo recogí el papel y miré a la joven de la gabardina, que caminaba sin prisas con el calvo a su espalda. La prenda ondulaba abierta a cada paso, subrayando el contoneo de sus caderas con trazos de peligro.

Vance no pudo llegar muy lejos. Dos fornidos guardias de seguridad lo interceptaron, y en sus labios pude leer preguntas bastante directas. Si corrías en Horizonte, era porque estabas en alguno de los extremos de una persecución.

El comerciante se deshizo en gestos exagerados y palabras malsonantes, tratando de deshacerse de los guardias. Éstos, divertidos, metieron los pulgares en el cinto y se dispusieron a disfrutar de la escena. La joven morena continuaba acercándose a ellos.

Confieso que en ese momento me encontraba en un profundo dilema: el trato se estaba yendo al carajo, y si no actuaba rápido conseguiría que la mierda me salpicase a mí también. Tomando aire, caminé hacia la oficina de desestibaje con paso decidido.

En ese momento las puertas de servicio de la estación se abrieron de par en par. Yo miré. Vance miró. La joven volvió el rostro también y los guardias la imitaron.

Las largas sombras del atardecer cruzaban como saetas el suelo de mármol y acababan en unas botas metálicas, un guardapolvo ancho y de repulgo nervioso y un sombrero con el ala tallada en cruz.

Razor Blade entró seguido por dos hombres de igual catadura. Nadie salvo nosotros se atrevía a mirarle directamente. Con una manera de andar que hacía que todos los demás parecieran gastar el suelo, los gallardos pistoleros entraron en el gran salón. La joven morena maldijo en silencio y cruzó unas palabras con su acompañante calvo. De una bolsa de viaje extrajo una escopeta.

Maldita sea, recuerdo que me dije. ¿En qué maldito circo de tres pistas me he metido?

Los guardianes vieron el arma y avisaron por radio, sudorosos. Vance se les escapó y siguió corriendo, esta vez hacia la cinta transportadora de maletas. Le vi reptar por ella a cuatro patas, sorteando los bártulos y tratando de acceder al almacén de pista a contracorriente. Resultaba un espectáculo tan patético que me habría reído, de no ser porque Blade y la morena se dirigieron en pos del comerciante al unísono.

Intercambiaban miradas de mutuo recelo, por lo que deduje que no estaban muy contentos de encontrarse aquí. Un grupo de asustados guardias de seguridad entró corriendo parapetándose tras los mostradores. La gente, salvo aquellos que dormían y nadie se molestó en despertar, comenzaron a abandonar rápidamente la sala.

Me coloqué frente a la oficina de desestibaje; al encargado no le había dado tiempo de cerrar la ventanilla. Vance aún reptaba sobre la cinta tratando de colar su gordo trasero por el expendedor de bártulos, en contra de los deseos de una enfadada Steinson. Ambas comitivas concluyeron su periplo ante la cinta, encarándose mutuamente:

—Marisa la Montañesa. —La voz de Blade estaba hecha del rozamiento del polvo contra las rocas del desierto.

—Razor el Descuartizador de hombres. —La mirada de la joven tenía la templanza de los soles de justicia de las llanuras.

—Madre mía... —Mis manos temblaban como arenques en salmuera.

—Creía que ya no te dedicabas al asunto del trilitio —dijo Blade, a escasos siete metros de mí. La joven sonrió.

—Voy donde hay negocio, como todos. ¿Cuándo supiste lo de Vance?

—Hace un par de horas. El muchachito quería escaparse arrastrando los tóncers a la órbita baja.

Vance había sorteado la maleta y se encajaba sin mucho éxito en el hueco de salida de los bárculos, con los ojos desorbitados. Los dos pistoleros apoyaron las manos en las culatas de sus armas, sin desenfundarlas. De fondo, los guardias de seguridad trataban de montar a toda prisa un cañón de partículas ligero en un trípode.

—Lo siento, pero no puedo dejar que te lo lleves —advirtió Marisa, humedeciendo sus labios. Blade lo esperaba.

—Piénsalo bien, niña. Eres demasiado guapa para morir aquí.

—Si eso es lo que piensas hacer, hagámoslo con fundamento.

Y los dos sacaron sus pistolas.

Yo salté tras el mostrador de la ventanilla de desestibación. Alguien gritó y las descargas de energía llenaron el aire, destrozando sillas y carros de equipaje. En un segundo, la estación se había convertido en un infierno.

Casualmente, la acción paralela de Marisa y Blade se combinó para eliminar primero los elementos más peligrosos: siguiendo los pasos de una danza sincrónica, los brazos de ambos se cruzaron para apuntar a blancos específicos. El trípode con los guardias se volatilizó en una nube de chispas y líquido de refrigeración. La barra del restaurante estalló secuencialmente mientras el compañero de Marisa lo reventaba con su escopeta de impulsos.

Yo estaba desarmada, así que ni se me ocurrió asomar la cabeza. A mi lado, en posición casi fetal, lloriqueaba el encargado de la ventanilla. Sujetaba con fuerza un micrófono. Le golpeé para que lo soltara y busqué con mucha prisa los controles de volumen. A mi espalda, en el fino tabique que me separaba del tiroteo, se abría un panel de mandos con los botones algo desgastados. Coloqué el volumen a máxima potencia y grité:

—¡Vance, al astillero!

El sonido de mi voz sonó tan alto y distorsionado que, por un instante, callaron los disparos. Tragué saliva; no esperaba que la potencia de los altavoces estuviese tan desfasada.

Al momento se reanudó el tiroteo. Casi me lo tomé como un buen signo, ya que mientras se matasen entre ellos nadie vendría a buscarme. Localicé la salida del cubículo y me arrastré a gatas hasta tantear el pomo.

Un cuerpo rebasó con un estruendo la barra de la ventanilla y cayó a mi lado. No pude reprimir un grito. Era uno de los guardias; tenía el pecho perforado y cauterizado por las descargas de plasma. Pensando rápido, le quité el arma (una simple pistola de rayos de cañón corto), comprobé su carga y abrí la puerta de salida.

La volví a cerrar. Justo detrás, en un pasillo que conectaba todas las ventanillas abiertas al público, se ocultaba una de las facciones de la pequeña guerra: el calvo de la escopeta. Con un vicioso hilo de saliva colgándole del labio, arremetía a disparos contra todo lo que se moviera por la terminal.

Maldije en silencio y, pasando por encima del guardia muerto, asomé los ojos por encima de la barra con mucho cuidado. El espacio interior de la estación estaba surcado por una telaraña estroboscópica de haces de plasma y rayos térmicos, ventanales en explosión y fragmentos de mármol que convertían el pavimento en un campo de minas. La policía había llegado y escondían sus pesadas armaduras antidisturbios de los certeros disparos de Razor y Marisa. Aquellos nombres se habían grabado en mi mente como si me los hubieran tatuado con un hierro de marcar.

Curiosamente, los dos sicarios de Blade habían caído; yacían muertos en posiciones ganadas por la policía en su lento avance hacia el acorralamiento de los forajidos. Su jefe, si embargo, parecía disfrutar de la matanza preso de una furia infernal: enarbolaba dos pistolas, una siempre dirigida hacia Marisa y su secuaz, la otra barriendo en rápidas descargas los parapetos de los agentes de la Ley.

El hueco de la cinta de descarga de equipaje por el que se había colado Vance estaba desierto. Eso sumaba dos posibilidades en mi cabeza: o había logrado pasar, o lo habían volatilizado por completo. El plan era una locura, pero peor sería quedarme quieta y esperar que me matasen, así que, armándome de valor (y de la pistola del guardia), esperé un momento propicio y salté fuera de mi escondite, echando a correr desesperadamente hacia la cinta.

No había avanzado tres pasos cuando un cañón se apoyó contra mi frente.

—No debiste haber hecho eso, preciosa.

Índice de contenido

Cubierta

Arena

Doble amanecer sobre Horizonte

DOBLE AMANECECER SOBRE HORIZONTE

Víctor Conde



